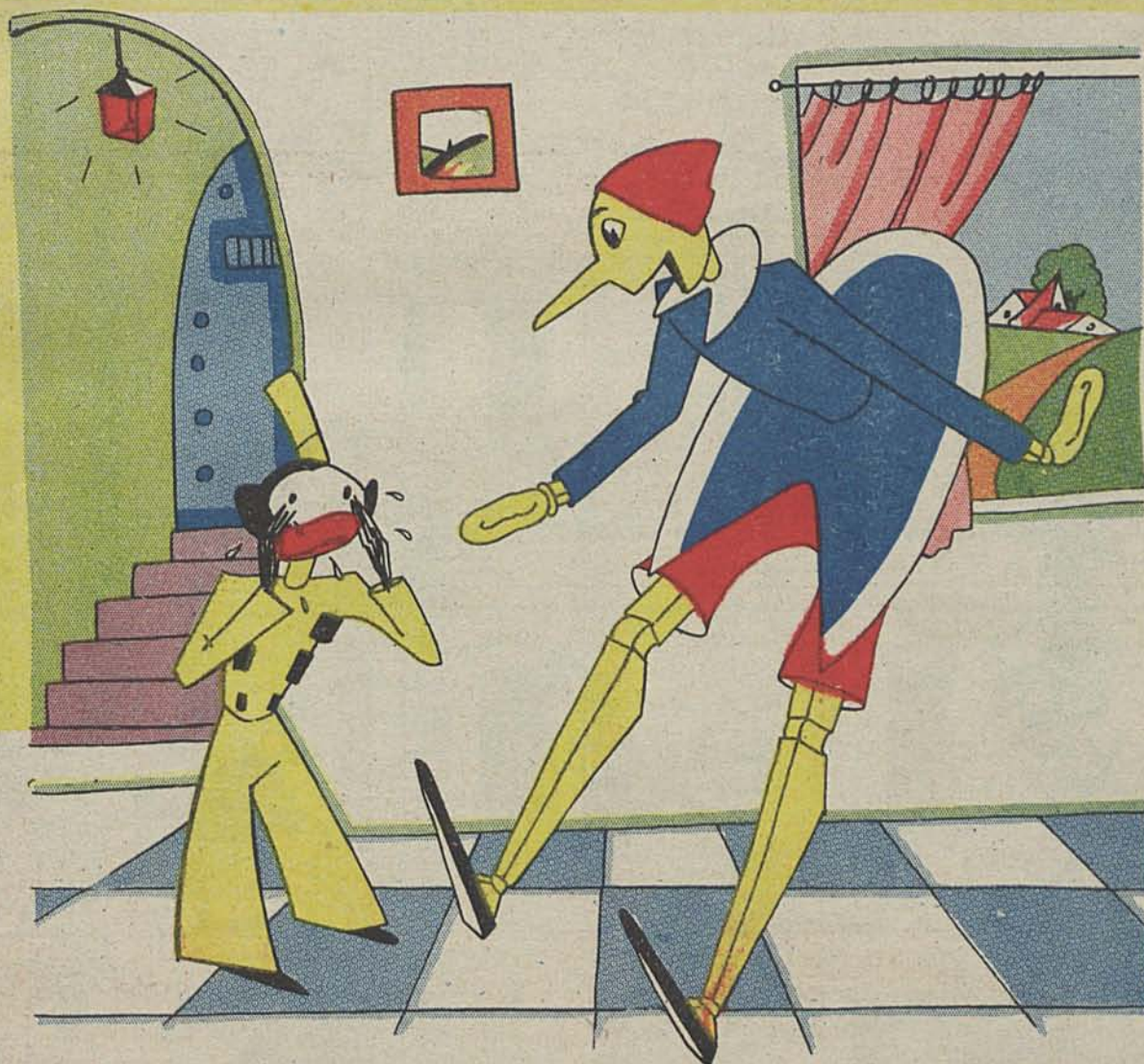


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 287

25 cts

17 AGOSTO
1930



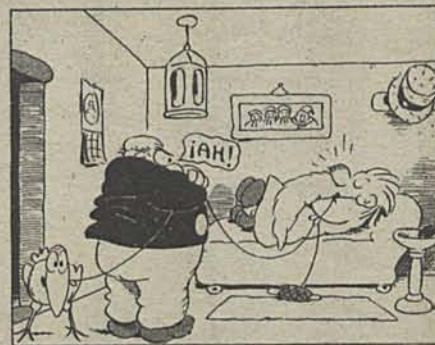
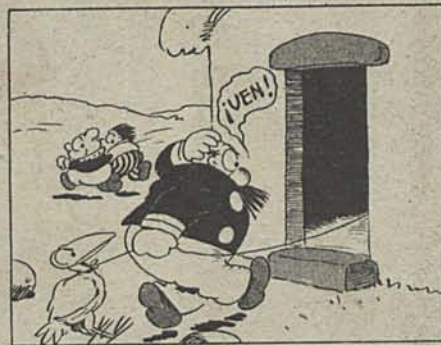
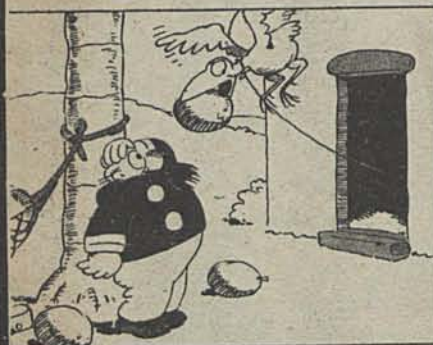
- ¿POR QUÉ LLORAS?
- PORQUE DON TURU SE HA PILLADO LOS DEDOS CON UNA PUERTA!
- ¡QUE BUEN CORAZÓN!
- ¡NO ES ESO! ¡ES QUE COMO YO ME REÍA ME DIÓ UN PUNTAPIÉ!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

Por
E. Salgar

(Continuación)

a un intruso que más tarde o más temprano debía desaparecer.

Y los *pieles rojas*, obligados a hacerse justicia por sus propias manos, caían de vez en cuando como devastador huracán sobre los invasores, asolando sus haciendas, quemando sus cosechas y matando sus ganados.

Los blancos, a su vez, devolvían centuplicados estos daños a los indios, sin respetar a las mujeres ni a los niños.

En el fondo no dejaban de tener razón los yanquis, porque era insensato reservar a unos cuantos centenares de millares de indios un territorio tan vasto y feraz que podía muy bien nutrir a millones y millones de colonos.

En 1863, como antes decimos, tres naciones de indios, enemigas hasta entonces, los *sioux*, los más poderosos de todas las tribus del continente, los *chayennes* y los *arrapahoes*, formando todos un cuerpo de combatientes numerosísimo, se aliaron con un solo objeto: la destrucción del hombre blanco, que había invadido el territorio de caza.

La guerra estalló como un trueno, y los estragos comenzaron con rabia loca por parte de las columnas indias del norte del Colorado, este del Kansas y fronteras del Wyoming, del Utah y de la Nevada.

Convoyes enteros de emigrantes sorprendidos en las praderas fueron pasados a cuchillo. Los correos eran asaltados y muertos, así como los viajeros; las factorías, quemadas; los campos, devastados: todo, en suma, destruido por el hierro y el fuego de aquellos terribles jinetes, que tenían una movilidad fantástica.

El Gobierno americano, suspenso ante aquel estallido de furor, creyó fácil acabar en seguida con aquella gente, mandando contra ella algunas columnas de voluntarios, que no tardaron en sucumbir ante los tenaces y sanguinarios *pieles rojas*.

Sólo el coronel Devandel, un veterano de la guerra india, se libró de aquella carnicería refugiándose, con los cincuenta hombres cuyo mando le había confiado el Gobierno, en las montañas del Laramie, donde creía impedir el paso a los *sioux*, a fin de que los voluntarios del Arkansas y de otros territorios tuvieran menos fuerzas enemigas a que hacer frente y pudieran terminar felizmente una guerra que amenazaba con la desaparición de los colonos americanos establecidos desde el Mississippi hasta la frontera californiana.

.....

John Maxim y los dos cazadores de las praderas, que sabían muy bien que de un momento a otro podían encontrarse ante cualquier columna enemiga, celebraron un pequeño consejo antes de aventurarse en la pradera, a fin de decidir el camino que debían tomar.

Al norte se extendía la gran llanura que iba a morir en las laderas de las montañas, y al sur, la pradera casi infinita, cubierta de inmensas gramíneas, girasoles, artemisas, grupos de menta y de salvia, siemprevivas silvestres y *buffalograss*, la hierba preferida por los bisontes.

Si el primer camino ofrecía peligros, por facilitar con su estructura abrupta las emboscadas, era el segundo también bastante comprometido, porque en caso de apuro no ofrecía fácil escape a los tres jinetes si llegaban a encontrarse con los indios.

—Por ahora, prefiero la llanura — dijo el *Indian-agent*—. Avanzaremos hasta la altura de

Kampa, y después ganaremos la pradera para alcanzar al correo, que debe seguir con dirección al Lago Salado.

—Si es que los indios se lo permiten—dijo Harris—. Los *chayennes* hace ya semanas que deben de estar en guerra, y no es gente que permanezca inactiva.

—Si no encontramos al enemigo, seguiremos en nuestros caballos. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

—¡Pues a la llanura!—dijo Jorge, que estaba ya impaciente—. Al menos, encontraremos algún oso o alguna manada de antílopes que nos amenicen el viaje. La montaña será todo lo hermosa que se quiera; pero yo prefiero la gran llanura, donde puedo soltar las riendas a mi caballo.

—¡Pues suéltalas, hermano!

Iba el joven a obedecer a Harris, cuando su caballo se encabritó, lanzando un sonoro relincho al ser herido por las gigantescas espuelas mejicanas de fina plata.

—¡Soó!—gritó Jorge, mientras Harris y John preparaban los rifles—. Alguien debe de haber escondido por ahí. Mi caballo presiente al enemigo.

En aquel momento se oyó otro relincho detrás de un enorme grupo de hierbas junto al cual corría un arroyo, en cuyas orillas paseaban, sin dar señales de espanto, garzas de blancas plumas y larguísimas patas.

El *indian-agent* y los dos cazadores permanecieron inmóviles, apuntando con las carabinas.

Nuevamente se oyó el relincho; pero nadie aparecía.

—Será tal vez un caballo salvaje—dijo John—. Rodeemos ese grupo de hierbas, y veamos.

Estuvieron algunos instantes en acecho, y después se lanzaron uno detrás de otro, conteniendo a sus caballos, que pretendían huir, como si olfatearan algún peligro.

Las matas aumentaban cada vez más, poniendo a prueba la paciencia de los jinetes, que se veían obligados a guiar con suma prudencia

a sus cabalgaduras para evitarles peligrosas caídas.

Al poco rato, el caballo de John se detuvo bruscamente.

En aquel mismo instante, un potro ensillado a la mejicana se lanzaba fuera de las plantas con velocidad terrible, perdiéndose bien pronto en un grupo de árboles cercanos.

—¡Cuidado!—gritó John, después de tranquilizar a su caballo—. ¡Aquí hay alguien!

La india dió a su mirada una expresión extraña cuando vió pasar aquel caballo; pero no dijo nada.

—¿Comprendes algo de esto, John?—preguntó Harris.

—Nada; y lo que más me inquieta es la excitación de mi caballo.

—Tampoco los nuestros están muy tranquilos, y más bien parecen dispuestos a retroceder que a avanzar—dijo Jorge.

—Pues hay que descubrir al dueño de ese caballo, y...

Un grito terrible interrumpió la frase; un grito que provenía del centro del grupo de matas.

—¡Socorro...! ¡Socorro...!

En seguida resonaron dos tiros de pistola, a juzgar por su escaso fragor.

—¡Adelante, camaradas!—gritó John—. ¡Asesinan a alguien! ¡Ah, perros indios!

Los tres caballos avanzaron hasta llegar a la orilla de un torrente, donde se detuvieron, temblando.

En medio del agua y sumergido hasta la cintura, un hombre alto y delgado luchaba desesperadamente con un *baribal*, o sea un oso negro, que debió de asaltarle mientras vadeada el arroyo.

Los *baribales* o *muskwas*, como los llaman los indios, no son tan terribles como los osos grises, que disfrutan la primacía de la ferocidad entre los plantígrados; pero son peligrosos, sobre todo cuando tienen hambre, pues, aunque se alimentan de mieles, insectos y hierbas, no suelen desdeñar la carne humana.

(Continuará en el próximo número.)

ANITA BUEN- CORAZON



¡UAYA COSTA-
LADA QUE TE
HAS DADO!



¡NO TE ABURRAS
POR ESO, PORQUE
TODO OFICIO RE-
QUIERE UN APREN-
DIZAJE MAS O ME-
NOS DURO!



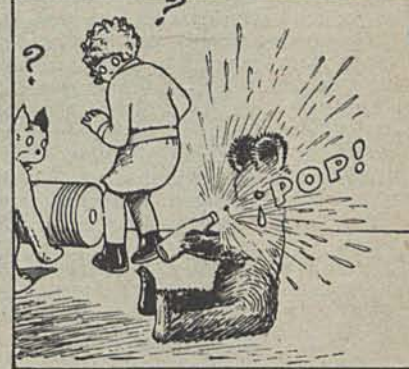
¡TOMA ESTA BOTELLA
Y ENTRETENTE JUGAN-
DO CON ELLA MIENTRAS
NOSOTROS HACEMOS
EJERCICIO!



¡PARA PODER SUBIRSE
AL CILINDRO ES
NECESARIO QUE
NO SE MUEVA!



¡PARA LO CUAL DEBE
UNO SUBIR EN DIREC-
CIÓN DE LA PROLON-
GACIÓN DE SU EJE!



E. Salgari

El boa de las cavernas

(Continuación)

Más que un bosque era una verdadera selva virgen que ocupaba una extensión infinita siguiendo durante leguas y leguas la margen desierta del Amazonas.

Había en él plantas de todas las especies y dimensiones que crecían unas junto a otras entrelazadas por lianas en gran cantidad y algunas verdaderamente preciosas.

En aquellas regiones afortunadas un hombre puede hallar, sin necesidad de labrar la tierra, cuanto le sea necesario para su mantenimiento. Hay allí árboles que producen leche buenisima en nada inferior a la que dan nuestras vacas. Basta hacerles una incisión en el tronco para que el sabroso líquido mane en abundancia. Hay otros árboles que suministran una especie de pan, o mejor aún, ciertos frutos del tamaño de la cabeza de un niño, llenos de una especie de pulpa que suelen cortar en tajadas y que tostadas sobre brasas pueden comerse y dan un sabor parecido a la alcachofa.

Otros existen que producen cera para hacer con ellos buenas velas, y otros filamentos textiles sumamente resistentes. Además, hay frutas exquisitas como ananas, piñas, plátanos, etcétera.

Cuando el plantador y el capataz llegaron donde estaban los primeros árboles hallaron allí a los cuatro negros agazapados tras el tronco de un cocotero y con los semblantes sumamente pálidos.

—Patrón—, dijo Como—no nos mande caminar más adelante. Tenemos mucho miedo del *giloia*.

—¡Valiente cosa voy a hacer yo con vuestra ayuda!—contestó el plantador—¿Habéis vuelto a ver a la serpiente?

—No señor.

—¿De dónde salió?

—El agujero de donde salió podrán verlo a unos quinientos pasos de aquí.

—Vamos, capataz—dijo Herrera—. Y vosotros, poltrones, marchaos a la plantación! Mandó destrallar a los perros, preparó con cartuchos el fusil y con decisión se internó en el bosque.

—Vaya mirando también hacia arriba, patrón—dijo el capataz—. Las boas se esconden muchas veces entre las ramas y se dejan caer de improviso sobre la presa que pasa bajo el lugar donde están.

—Ya lo tendré en cuenta—dijo el plantador.

Los mastines comenzaron a dar señales de inquietud. Con frecuencia se detenían, olfateaban el aire y la tierra buscando un rastro, gruñían y miraban luego a su amo.

Parecían espantados y eran sin embargo animales que no temían ni a los ferocísimos jaguares que son los tigres de América.

Recorrida una distancia aproximada de quinientos pasos se hallaron frente a una gran hendidura. El terreno, que parecía





formado de barro seco, había sido levantado en un larguísimo trecho y el impulso del monstruo fué tal que derribó bastantes arbustos.

—Por aquí es por donde se ha escondido el reptil—dijo el plantador asombrado de que una serpiente fuese capaz de desarrollar una fuerza tan extraordinaria.

—Aún se ven escamas y girones de piel dispersas entre lo destrozado—dijo el capataz que no cesaba de lanzar en torno de sí miradas de turbación.

—¿Crees tú que se trate en realidad de uno de esos famosos *giloia*?

—He oído contar que esos monstruosos reptiles durante las épocas de sequía se sumergen en los pantanos donde caen en un profundo letargo, o se internan en las cuevas o cavernas de las que no salen hasta dos o tres meses después.

—¿Adónde se habrá refugiado?

—Debe haberse dirigido hacia el río para buscar un asilo en aquellas cavernas. Ya sabe usted señor, que por ahí existen muchas.

—Confiemos en nuestros perros—dijo el plantador—me parece que ya están en buena pista.

Los cuatro mastines después de haber recorrido a lo largo toda la hendidura olfateando, habían vuelto a salir por la parte opuesta y se dedicaban a escarbar entre las hojas secas que cubrían el suelo del bosque. Debían haber descubierto otra vez el rastro del enorme reptil y se preparaban a seguirlo.

Herrera y el capataz cargaron los fusiles y se pusieron en marcha tras los perros mirando bien por entre el césped o por entre las ramas de los árboles aunque estuviesen desde luego convencidos de que un monstruo de aquella naturaleza no podría trepar por ellos sin destrozarnos.

Por entre los matorrales descubrieron un pasaje, como un

surco inmenso, que debió haber sido trazado por el colosal reptil. Numerosos arbustos habían sido derribados y grandes matas de césped destrozadas por completo.

El plantador comenzaba ya a creer en la existencia del fabuloso *giloia*, confirmada por los indios a quienes poco antes había reprendido. Además las pruebas eran demasiado evidentes.

Caminaron otra media hora, siguiendo siempre a los perros, hasta que éstos se pusieron a ladrar y gruñir de un modo muy particular.

Se hallaban ahora en las proximidades del río: se oían los mugidos del inmenso Amazonas cuyas aguas chocaban furiosamente contra las rocosas orillas que se oponían a su corriente impetuosa.

—Patrón—dijo el capataz con el semblante lívido—. Debemos estar muy cerca de la cueva donde se refugia la serpiente.

—¿Están por aquí esas cuevas?

—Sí; no hay más que una inmensa que nadie ha osado aún explorar y que se cree situada en el corazón de una montaña.

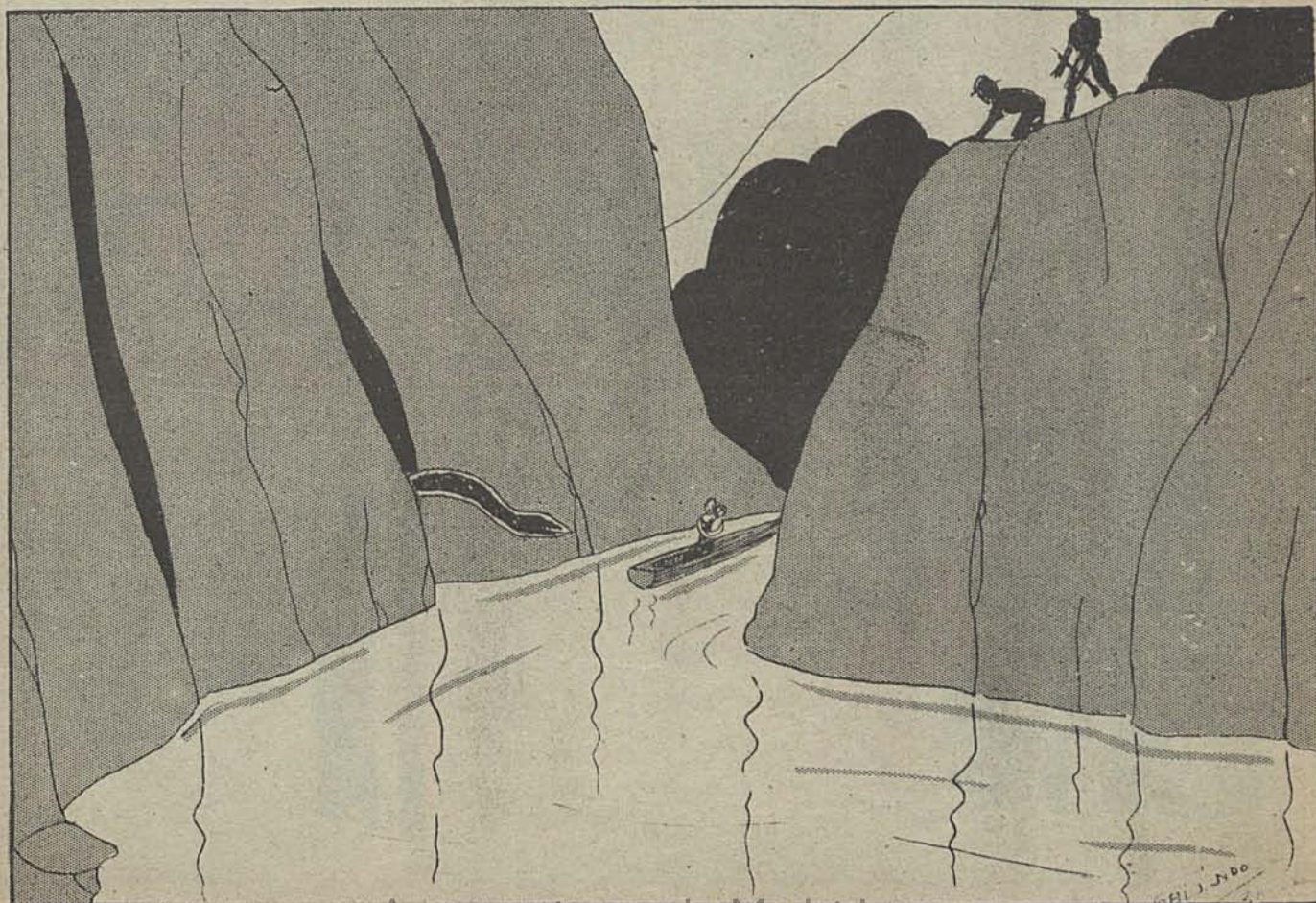
Vamos a cortar entonces ramas resinosas y entraremos después a visitarla. Iban ya a ponerse en camino cuando oyeron en dirección del río unos horribles gritos que parecían lanzados por boca de una mujer.

—¡Jacol! ¡Jacol!—gritaba aquella voz con un acento de terror imposible de describir.

El plantador y el capataz se dirigieron veloces hacia el río precedidos de los perros que aullaban ferozmente.

El Amazonas se deslizaba en este sitio por entre dos márgenes rocosos perforadas por profundas bocas que debían quizá penetrar hasta el interior de la caverna descrita por el capataz.

(Continuará.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¡QUÉ SORPRESAZA SE VA A LLEVAR
CURRINCHE CUANDO VEA QUE HE
COMPRADO UNA CABRA!



¿SE HA IDO YA ESA FIERA?



¡SOCORREME, CURRINCHE!
¡QUE ME PILLA!



YA CAYÓ EN LA TRAMPA, CURRIN-
CHE, AHORA APRIETA LA PUER-
TA PARA QUE NO SE ESCAPE



Y MIENTRAS, YO VOY CORRIEN-
DÍSIMO A POR LA ESCOBA



SE LA ATAREMOS A LOS CUER-
NOS



LA INVITAREMOS A UN PASEITO
POR LAS HABITACIONES



Y NOS DEJARÁ LA CASA COMO
LOS CHORROS DEL ORO





COLORÍN Y SU PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Casillo

LA LLAVE DE LOS TESOROS



NA vez había en Pekín, capital del imperio chino, un muchacho llamado Fo-hi, más aficionado a holgar y divertirse que ir a la escuela o estudiar en su casa.

Todo el día se lo pasaba jugando con otros chicos tan holgazanes como él, y por la noche, cuando volvía al lado de su familia, solía llevar algún chichón o alguna descabradura, como muestra de que en China las piedras y los garrotes son más duros que las cabezas de los muchachos, y de que las *chinas* no respetan a los chinos.

El muchacho era malo, pero listo, y un día en que, según costumbre, vagaba por los alrededores de un bosque oyó que un mago decía a un joven con quien conversaba:

—Mañana mismo, al pasar el sol por el Meridiano, tendremos la llave de los tesoros ocultos.

—Así sea—exclamó el otro—; y mañana estaré aquí a las once en punto.

Fo-hi no perdió ni una palabra de lo que acababan de decir los misteriosos interlocutores.

A la mañana siguiente salió muy temprano de su casa Fo-hi, y se situó en el bosque, ocultándose entre las ramas de un árbol.

A las once y cuarto próximamente, el mago y su compañero se presentaron en el bosque.

El mago dijo:

—Hay que empezar en seguida los conjuros, porque, si nos retardamos, se habrá perdido todo. Hace más de mil años que esa llave prodigiosa está encerrada en las entrañas de la tierra, y hoy solamente, al dar las doce, puede salir. Si hoy no brotara del suelo, hasta dentro de otros mil años nadie podría hacerla salir de donde se encuentra.

Trazó el mago con una varita un círculo en el centro de la plazoleta, pronunciando entre dientes unas palabras misteriosas.

Sacó después un libro y dijo al joven:

—Éntrate conmigo en este círculo, si no quieres perecer.

A todo esto, Fo-hi, encaramado en el árbol, presenciaba lleno de curiosidad la escena.

Al sonar las doce se oyó un ruido subterráneo. Quedó abierto un gran hueco en las piedras, y a poco brotó una especie de arquilla dorada.

Acercóse el joven que acompañaba al mago a la caja, dió vuelta a la llave, abrió el arca, pero en el mismo momento desapareció bajo el suelo como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¡Ya es mía!—gritó alegremente el mago—, porque lo peligroso es abrir la caja.

El muchacho no perdió sílaba de lo que estaba diciendo el mago; y, mientras éste se ensayaba para no correr peligro, Fo-hi se dejó caer del árbol en que se hallaba encaramado, y en un dos por tres cogió la llave que había en el fondo del cofre, y a escape salió trotando sin hacer caso de los gritos del mago, que corría tras él como un loco, más sin poder alcanzarlo.

Aquella noche confió a su madre el prodigioso hallazgo, refiriéndole de qué modo había venido a su poder, y, viendo que la pobre mujer no creía en la virtud de la llave, la dijo:

—Ahora mismo vamos a probarla.

Y, cogiendo la llave, dió un golpe con ella en el suelo. En el acto se abrió la tierra, y por el agujero vieron una porción de enanillos, que llevaban a cuestras grandes cestos llenos de oro.

—¡Qué hermosura!—exclamó la vieja—. Pero ¿qué sacamos con ver esas riquezas, si no hemos de poder cogerlas?

—Eso sí que no lo sé—dijo el muchacho—, pero de seguro que habrá algún medio de aprovecharse de esto.

A la mañana siguiente salieron de la ciudad, y en un sitio escondido entre las asperezas del terreno ensayó la llave. En el acto se abrió una puerta, y el espectáculo que se ofreció entonces a sus ojos fué admirable.

A uno y otro lado estaban las paredes cubiertas desde el suelo por anchas barras de plata, blancas y pulidas y montones de moneda del mismo metal se extendían por todas partes.

Una luz agradable penetraba por invisibles grietas del techo, y con auxilio de ella pudo ver Fo-hi que la gruta no terminaba en aquella habitación, porque había un rótulo que decía: «¡Más allá!»

Por si acaso no encontraban cosa de más valor, llenáronse madre e hijo los bolsillos de monedas de plata, y después buscaron la entrada de la habitación que el rótulo anunciaba. No encontrándola, empuñó de nuevo Fo-hi su misteriosa llave y dió un golpe en la pared; abrióse un agujerito, metió por él





la llave, dió vuelta, y una nueva entrada se le franqueó. ¡Qué habitación, Dios Santo! Las barras y las monedas de oro apenas permitían dar un paso, el hijo y la madre vaciaron los bolsillos que llevaban llenos de plata, y volvieron a ocuparlos con monedas de oro.

«¡Más allá!», decía otro cartel; pero Fo-hi, atendiendo a los ruegos de su madre, no quiso pasar adelante.

A la mañana siguiente, fueron la madre y el hijo a la montaña, y entraron en la gruta. Miraron con desprecio la plata, se llenaron los bolsillos de oro, y Fo-hi abrió con su llave mágica otra puerta. Al abrirse, a poco caen ambos desvanecidos. Tal era el fulgor vivísimo que despedían los montones de diamantes, rubíes, perlas y esmeraldas, que producían cascadas de luz de todos los colores. Repuestos ya de la sorpresa, vaciaron sus bolsillos del oro que los llenaba, y los atiborraron de piedras preciosas de todos tamaños. Fo-hi vió escrito con caracteres de brillantes: «¡Hay más allá!»

—¡Demontre!—exclamó el chico—; ¿no parece a usted, madre, que es imposible que haya algo mejor que esto?

—Así me parece, hijo mío; pero vamos en seguida a casa a dejar esto, y, si quieres, volveremos por más.

Así lo hicieron, y a la mañana siguiente penetraron en la nueva habitación. Esta vez no encontró Fo-hi ni oro, ni pedrería, sino un jardín donde un enjambre de abejas afanadas de un lado a otro buscaban y recogían el dulcísimo néctar de unas flores que por todas partes hacían brotar sus fragantes corolas de mil colores.

—Aquí hay misterio, madre—dijo Fo-hi—; y, si no, ya verá usted. ¿Quiénes sois?—preguntó a las abejas.

Y una de ellas, sin dejar su tarea, dijo:

—Somos el Trabajo, que vale más que el oro y los diamantes.

—Madre, tiene razón—dijo Fo-hi.

Y al fijarse en la colmena, de nuevo vió el rótulo: «¡Hay más allá!»

—Ahora sí que no sé lo que puede haber mejor que el Trabajo, y no me voy sin averiguarlo.

La llave le franqueó la entrada de un nuevo departamento, y allí vió una porción de pobres y enfermos recogidos con cariño por unas jóvenes, que se desvivían por satisfacer el hambre y calmar los dolores de su prójimo.

—¡Ah, madre mía! Ésta es la Caridad, la virtud más sublime de la vida. Ya sí que no hay más allá, madre.

Pero, al fijarse, vió un nuevo rótulo que decía: «¡Hay más allá!»



pero no lo busques en la tierra. Para entrar en él, no hay más llave que la virtud, ni más puerta que la fe.»

Cayeron de hinojos sin darse cuenta Fo-hi y su madre, y allí, postrados, dieron gracias a Dios por cuanto le debían. Después salieron por el mismo camino, y ya se iban cuando oyeron unos ayes lastimeros que parecían salir del fondo de la tierra.

—Será algún pobre minero—dijo Fo-hi—; pues hay que socorrerlo.

Y, haciendo uso de la llave, abrió la entrada de una profunda sima, de donde salió corriendo un hombre. Era el joven que días antes tanto se afanaba por conquistar la llave.

—¿Cómo estás aquí?—preguntó Fo-hi.

—Yo—dijo el joven—vine arrastrado por una fuerza misteriosa, y he permanecido a oscuras en el fondo de ese calabozo.

—¿Y estaba solo?—añadió el muchacho.

—Solo y acompañado; porque a poco sentí unos quejidos, me aproximé al sitio de donde partían y tropecé con un baúl, en cuyo interior, sin duda, había encerrada una persona.

—Pues lo sacaremos también—dijo generosamente Fo-hi. Y, bajando con el joven, lograron, después de no pocos esfuerzos, extraer de la oscura gruta el cofre consabido, lo abrieron y, ¡oh sorpresa!, dentro se hallaba el mago.

—¿Y cómo está usted aquí?—dijeron el joven y el muchacho.

—Por burro: porque, irritado al ver que no podía alcanzarte, fui a ver si estaba la llave aún en el baúl, tropecé, caí de cabeza en este maldito cofre, que se cerró conmigo dentro.

—¡Vaya, pelillos a la mar! Cojan ustedes lo que quieran de estas riquezas que Dios da para todos, y a vivir.

Así lo hicieron, y no se quedaron cortos. A la salida, y después de cerrar la gruta, cogió Fo-hi la llave y la tiró contra el suelo; pero, apenas hubo tocado tierra, cuando se hundió con estrépito y desapareció.

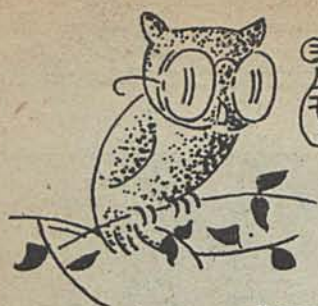
—¡Qué has hecho desgraciado!—gritó el mago.

—¡Qué me importa—dijo el chico—, si me quedan dos llaves más poderosas que las que acabo de tirar! El Trabajo, que abre las puertas de la dicha en la Tierra, y la Caridad, que abre las del Cielo.

Fo-hi fundó grandes fábricas, donde encontró trabajo mucha gente.

En Pekín le llamaban padre de los desvalidos, y vivió feliz con su madre, hasta una edad muy avanzada, entre las bendiciones de todos.





¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—Buenos días, mi querido Chononcito.

—Salud, mi amigo y sabio buho. ¿Traes tema para nuestra charla de hoy?

—No lo traigo porque supongo que ya lo habrás pensado tú.

—No te equivocas. Hoy te ahorro ese trabajo. ¿Recuerdas de lo que hablamos en nuestra charla última?

—Ya sabes que tengo excelente memoria. Charlamos de la foca.

—Pero no me hablaste todo cuanto de ella tenía interés en saber.

—La falta de tiempo tendría la culpa porque por mi parte estoy siempre con la palabra dispuesta a servir tu curiosidad. ¿Qué más querías saber de la foca?

—Me interesa mucho conocer cómo se caza un animal de aprovechamiento tan útil para el hombre.

—Préstame, pues, atención y tus deseos quedarán satisfechos.

—Soy todo oídos, complaciente buho.

—Para la caza de la foca utilizárase rara vez las armas de fuego. Se la caza generalmente en tierra, porque en el agua, se presenta la dificultad de que en cuanto el animal muere se va al fondo como un plomo. Ya sabes que su peso es enorme.

—No lo sé, pero cuando tu lo dices será verdad.

—Calcula unos ciento cincuenta kilos y aún te quedarás corto. Para poder acercarse a una manada de focas hay que adoptar grandes precauciones, no por temor a la agresividad de estos mamíferos, que es bien poca por cierto, sino porque su vivacidad y prudencia las hace huir tan pronto descubren el menor peligro.

—No se parecen en estó a los pingüinos, que según me dijiste en otra charla, son tan bobos que dejan que los maten a palos.

—Por eso se les conoce con el nombre de pájaros bobos. Las focas tienen más desarrollado el instinto de conservación, y saben ponerse a salvo cuando las circunstancias lo aconsejan. Pero hay un factor, que es el sueño, que permite acercarse a ellas sin ser visto ni oído.

—Por sorpresa, entonces.

—Es el procedimiento mejor. Mientras duermen, como generalmente lo hacen entre los peñascos o moles de hielo lindantes con el mar, es fácil aproximarse con una embarcación desde el agua, para cortarles la retirada en caso de huida, y una vez al alcance de la lanza o del arpón se las hiere sin dar tiempo a que despierten.

—¿Sería un despertar muy desagradable!

—Durante los inviernos crudos del Polo en que las heladas son tan fuertes, quedan las focas aprisionadas bajo las capas de hielo, y entonces practican ellas mismas en este elemento agujeros para respirar. Cada foca tiene a su disposición varios de estos agujeros. El cazador se sitúa en una de estas aberturas y espera. Procura no hacer el menor ruido, ni moverse siquiera, adoptando además la precaución de revestirse el calzado con trapos para que no se oigan sus pisadas.

—¿Pero debajo del agua se oyen los ruidos de fuera de ella?

—Con más intensidad que en la superficie, querido Chononcito. Además, el oído de las focas es finísimo y no se les escapa el menor ruido. Has de suponer también que en una región tan desierta como es el Polo, todo ruido ha de ser sospechoso, porque por allá sólo interrumpe el silencio de aquellas soledades, el zumbir del viento y el azotar de las olas. Como las focas necesitan de cuando en cuando respirar el aire libre, llega un momento en que forzosamente han de sacar el hocico por el agujero y este es el momento en que el cazador ha de poner en juego su seguridad y su maña para que el arponazo resulte certero.

—Pero si las focas están bajo el hielo, se irán a fondo ¿no te parece?

—Así ocurre cuando la herida les produce la muerte. Pero el cazador tiene previsto este caso y para evitar que la foca, viva o muerta, escape, clava bien el arpón en su cuerpo y la extremidad libre lleva un largo cable de acero del que se tira para extraer el cuerpo del animal.

—¿Por el agujerito pequeño por donde solo podía sacar el hocico?

—Por ese mismo agujero, pero agrandado con sierras para que el voluminoso cuerpo del animal pueda salir a la superficie. Actualmente se utiliza mucho el procedimiento de arpones disparados por cañoncitos de pequeño tamaño. Este sistema ofrece la ventaja de que la caza puede hacerse a distancia cubriendo así todos los riesgos que supone tenerse las que ver con una foca herida. Estos arpones llevan en su extremidad libre un cable que sujeta una boya. Al clavarse el arpón en el cuerpo de la foca esta se sumerge en seguida y si la herida le permite huir, huye, pero como la boya flota va marcando en su rastro el camino que sigue el animal hasta que, perdidas sus fuerzas, se queda inmóvil y entonces, por la señal de la boya, es bien fácil a los pescadores extraer su cuerpo.

—¿Y no se las podría también cazar con redes?

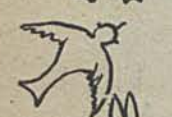
—No hay malla, por fuerte que sea, que resista los terribles aletazos de una foca furiosa. Dada la fuerza de este corpulento animal hay que desistirse de semejante procedimiento. Otros pescadores, más adiestrados, o menos provistos de recursos para comprar útiles de pesca, acuden al procedimiento del estacazo que es más económico aunque más peligroso. Consiste este original sistema en acercarse cautelosamente a las focas solitarias que duermen sobre las rocas. Si el sueño es profundo, es fácil la sorpresa. Cuando se llega junto a ellas sin ser descubiertas se las descarga un estacazo en la cabeza que la atonta y quedan inútiles para la defensa o para el ataque. Una vez la foca en este estado de atontamiento...

—O sea de k. o. que decimos los boxeadores.

—Tu lo has dicho. Una vez en tal estado, se las acuchilla y se las arrastra hasta el sitio escogido para descuartizarlas y aprovechar sus despojos.

—¿Igual se hace con las morsas?

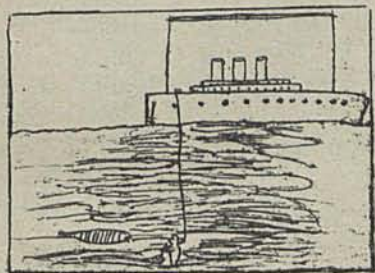
—Por el estilo, Chononcito. Pero mira el reloj, ponte el sombrero y vámonos. Es tardísimo.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



El barco de Pinocho.—

Juanito de la Serna



Un caserío.—Manuel Fernández



Corriñcho se siente chulo
—Santiago Rodríguez



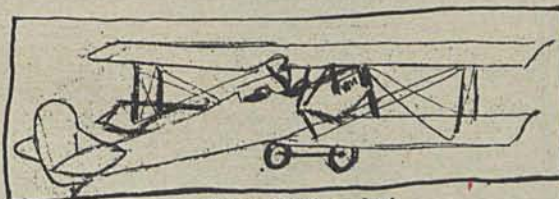
Un gaucho
P. Lorite



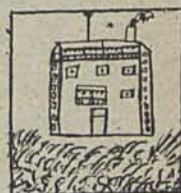
¡Vaya usted con Dios!
Emilio Vicario



Un enmascarado
Eduardo Lorito



Avión «Mocelu».—José.



Mi caserío
Joaquín Lapetedi



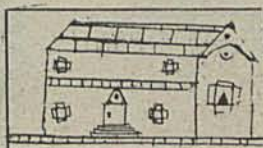
Gobierno español.— Ángel García (Buenos Aires)



Historieta
Leandrito Pruñonosa



Caricaturas
Pilar Martínez Campos



Mi casita de campo.—S. F.



Oso.—Tomás Bos



Angelita
Merche Baños



Entierro en el pueblo.— Pepito Fraga



Un perro.—Lola Chavarría



Mi perro Kitt
Maria Luisa García



Un animal
Eugenio Rafael Terán



Morronguis
M. T. M. Laguna



Mi gato
M. T. M. Laguna



Tres hermanos
T. P. R.



La iglesia de mi pueblo
Alfonso Núñez

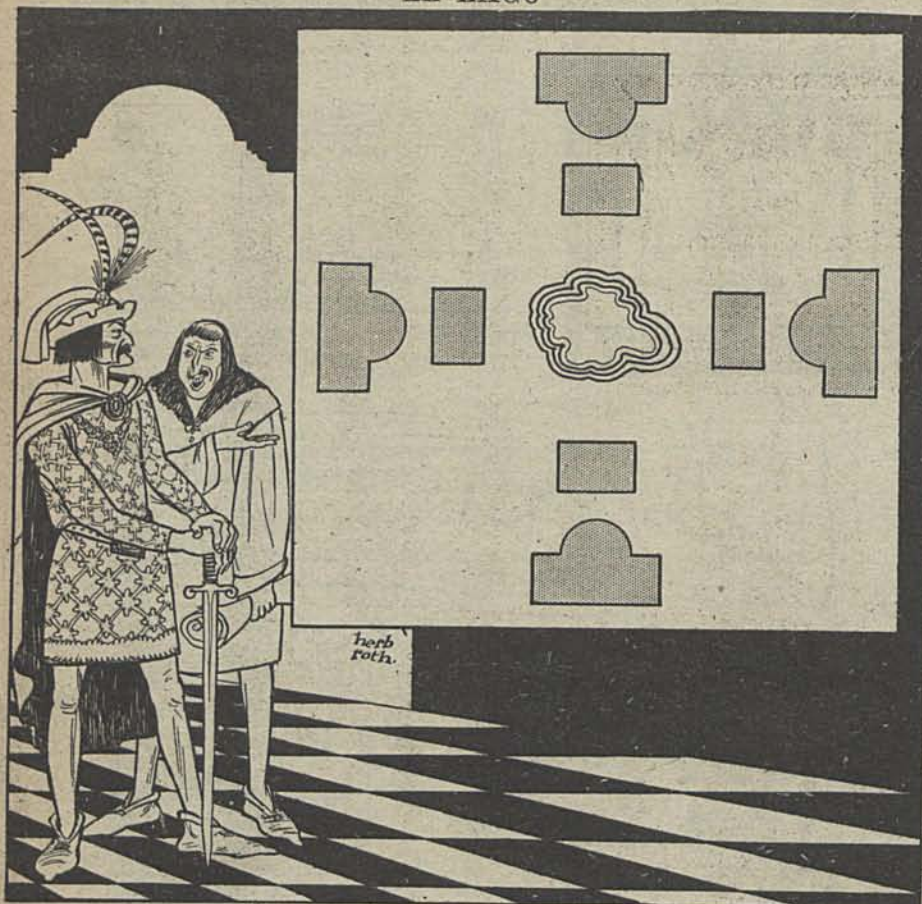


¡Viva Pinocho!
Lolita Fernández

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL LAGO



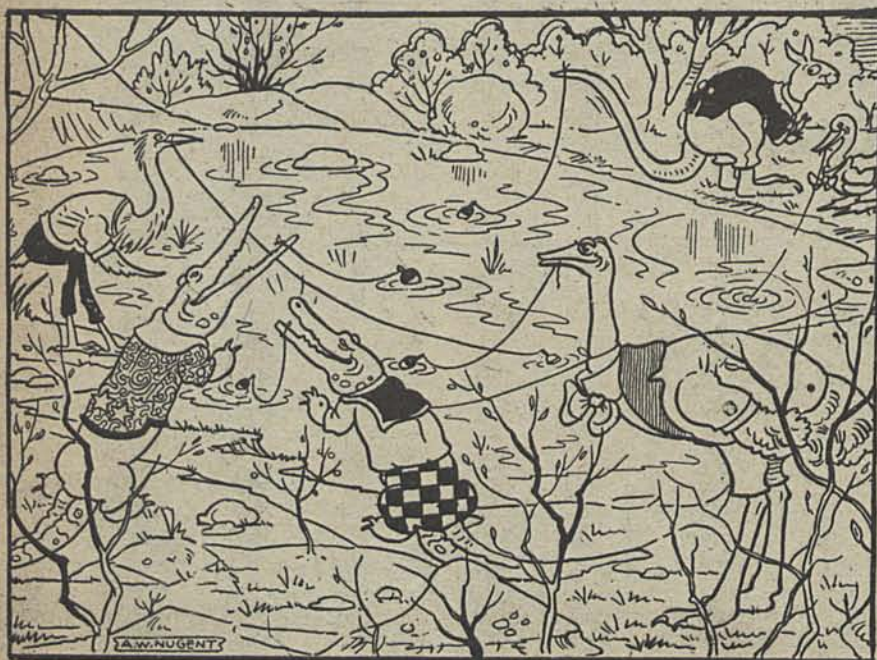
Un día Aniceto de Henestrosa llamó a su sobrino y le dijo, señalándole un plano:

—Te regalo todas estas posesiones pero con la condición de que tienes que trazarme una muralla que aisle a todas las casas pequeñas (los cuadros) de las grandes, de forma que el lago quede para las grandes.

El sobrino de Aniceto de Henestrosa halló dos soluciones.

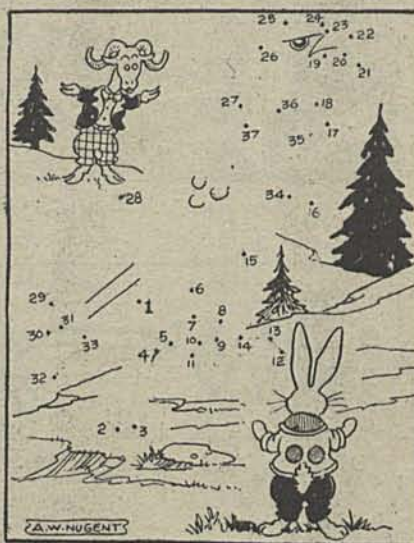
¿Cuáles son?

LOS CUATRO PECES



¿Sabéis lo que pescan, de tan distintas maneras, los animalitos que véis en el dibujo?
—Pescan—contestaréis rápidamente... Si, señor. Son peces... (A veces se suelen pescar otras cosas; un constupado, un reuma...) Pero ¿a que no sabéis dónde están esos peces? Por lo menos sabed que son cuatro...

EL GRAN ANIMAL



¿Sabéis por qué tiemblan ese conejo, tierno y sencillo, y aquel carnero, inocente y asustadizo? Lo sabréis si unís los números con líneas.

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

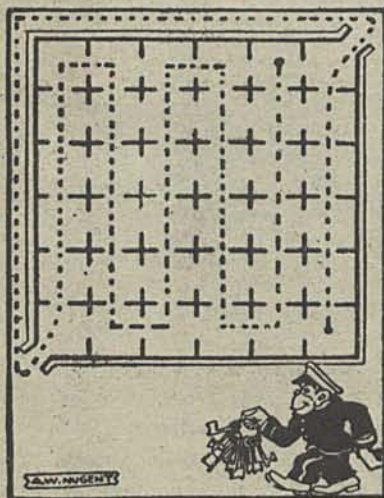
LOS CINCO PERROS



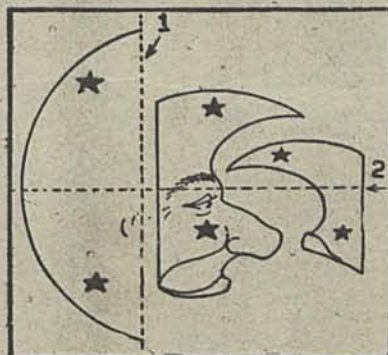
PERROS Y GALLOS



LAS CELDAS



LA LUNA Y LAS ESTRELLA



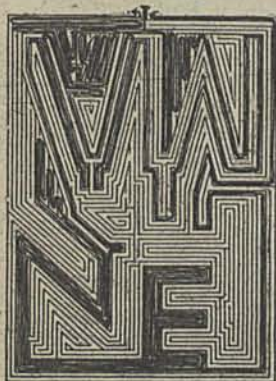
LA RANA INTELLECTUAL



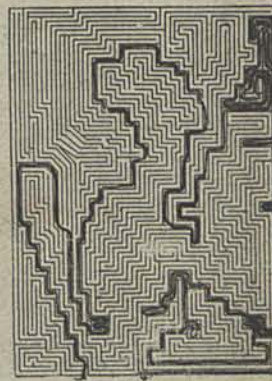
LA GRANJA MISTERIOSA



Laberinto siberiano



El laberinto filipino



Los 5 animales desconocidos



El perro en el bosque



Sección Pirula

Charlas de Pirula... médica

Las desdichas de Estrellita



«¡Qué desdichada soy!—se lamenta mi Pirulinda Estrella—¡qué mala pata tengo!»

Esto de la mala pata lo dice primeramente porque no habla muy bien—pues no es esta una expresión digna de una Pirulinda bien educada—pero pudie-

ra creerse que al hablar de mala pata se refiere a su propia pata... ¡oh perdón! quiero decir a su propia pierna derecha, que está «mala» en efecto, pues la lleva con un pañuelo vendándole la rodilla.

Y dice Estrellita que tiene «mala pata» porque si hoy lleva la pierna vendada con un pañuelo porque se ha caído, no pasarán muchos días sin que se haga un chichón en la frente y un cardenal en un brazo, ni han pasado muchos desde que al cortar una yema se cortó una yema.

Quiero decir que al cortar una riquísima yema de coco (ese coco sabroso al que no le tiene miedo nadie) para repartirla con su hermanito, se clavó el cuchillo en la yema de un dedo.

Como que hay quien asegura que la madrina de Estrella le puso este nombre porque preveía la frecuencia con que la infeliz había de ver a sus tócas.

Si que la pobre Estrella tiene motivos para lamentarse. Y sin embargo si se cae, si se da golpes, si se corta, si se quema, no tiene la culpa su mala suerte (su mala pata como dice ella) sino ella misma, por ser tan descuidada, atolondrada e imprudente.

¿Que si es imprudente, Estrella? ¡Uuuuuh! ¿Y atolondrada? ¡Uuuuuuuuh! ¿Y descuidada? ¡Uuuuuuuuuuh!

Pero en fin, sea cual sea la causa de las desdichas de Estrellita, el resultado viene a ser el mismo y os aseguro que es bastante desagradable. A todas nos suceden alguna vez esos accidentes y ya os podéis suponer lo molesto que es que le sucedan a una siete veces a la semana, treinta veces al mes y trescientas sesenta y cinco veces al año.

Ya que el mal no siempre puede evitarse ¿os parece que pensemos lo que se puede hacer para remediarlo?

Desde luego, empiezo por aconsejaros que no empleis el medio preferido de Pilarita, que consiste en echarse a llorar. Seguramente, Pilarita cree que de este modo se le cura la pupa, pues si no lo cree así ¿por que llora? Para embellecerse no será, digo yo. Pues os juro que Pilarita está equivocada y que las lágrimas ni los gritos no le han aliviado nunca el dolor de un chichón ni le han curado nunca la más insignificante quemadura.

Los remedios que os voy a indicar a todas en general—a Estrellita en particular—son bastante más prácticos.

Si os quemáis, no se os ocurra lavarlos con agua fría, por mucho que os escueza la quemadura; no hagáis caso tampoco de los remedios vulgares que, pudieran aconsejaros, tal como la tinta; lo mejor es aplicar en seguida sobre la quemadura un poco de aceite frío; también es buena la vaselina esterilizada.

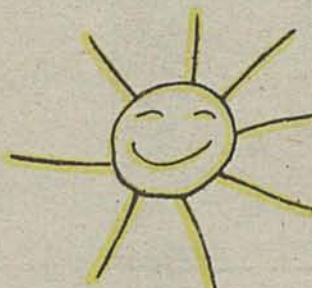
Claro que me refiero solamente a las quemaduras de primer grado o sea en que la piel permanece intacta; si la piel se desgarra son quemaduras de segundo grado y conviene que un médico desinfecte la llaga. Si os cortáis, no os apuréis porque salga sangre y fijaos si sale suavemente; entonces la cortura es insignificante; enjugad la sangre con algodón en rama, luego aplicad en la cortadura tintura de yodo (si no teméis al escorzor) y vendad la cortadura con un trapito o, si es pequeña, con un poco de tafetán inglés. Pero en este último caso, no dejéis nunca que una persona extraña moje el tafetán con su saliva; hacedlo vosotras mismas.



Si, en cambio, la sangre surge en chorro brusco, intentad comprimir fuertemente la cortadura, y si aún así no lográis detener la sangre, llamad a un cirujano para que él corte la hemorragia.

Pero ya sé que el accidente que os sucede con más frecuencia es el de la caída. Va una corriendo tan alegre y de pronto ¡patatras! ¡Pobres rodillas!

Pues bien, si os caéis en la calle, y si la herida de la rodilla, aparece sucia con tierra en la que pudiera haber algo de basura de caballo, mandad llamar en seguida al médico, aun cuando el mal parezca insignificante, porque, fijaos bien, «no hay nada más peligroso que la basura de los caballos, pues puede contener el microbio de una enfermedad mortal que se llama tétanos.» Pero basta con que el médico os ponga en seguida cierta inyección para que desaparezca todo el peligro.



Si se trata solamente de una herida limpia, vosotras solitas o la lavaréis en seguida, a ser posible con agua oxigenada; aplicaráis luego tintura de yodo y os vendaréis la pierna con un trapo limpio y seco.

Por último, si el accidente es un golpe que os produce un cardenal o un chichón ¿sabéis lo que hay que hacer? Nada; es lo mejor.

Todos estos consejos, deseo que los utilicéis lo menos posible, si bien estoy segura de que a nadie le han de ser más útiles ¡ay! que a la pobre Estrellita.

Sin embargo, os sorprenderé si os digo que todas esas desdichas que la afligen no son nada comparadas con las que padece con extraordinaria frecuencia, otra Pirulinda mía, Guicha, esa rubita gordinfloncilla que todas conocéis.

Lo que le ocurre a Guicha no es que se corte, se caiga, se queme o se haga chichones más a menudo que vosotras o yo pongo por caso; no, lo que la ocurre es que casi no pasa una semana sin que... tenga una indigestión.

Y es que es tan golosa y tan tragona que la verdad no es extraño que le haya sucedido aquella fantástica aventura del día de su santo que...

No, hoy me es imposible contaros la aventura de Guicha; no me queda sitio; lo dejaremos para el domingo que viene.

DEL SAQUITO DE PIRULA

Si queréis que vuestro sombrero haga juego con vuestro traje, incrustadle alrededor de la copa, o en el ala, (lo mismo da que sea de terciopelo que de fieltro) unos trozos de tela del vestido; con lo cual el conjunto resultará muy en moda.



GAL 1100 30